

de amanecer ya estaba esperando en la puerta de la iglesia el pequeño Antonio al señor cura para ayudarlo a celebrar la santa Misa. Era tan eficaz su asistencia y ayuda, que este venerable sacerdote, con buen humor, le llamaba «*su coadjutor parro-quial*».

Ingresó en el seminario y se entregó de lleno a los estudios para prepararse bien para el gran paso que iba a dar en favor de su propia santificación y la salvación de las almas. En el seminario de Vic tuvo como compañero de estudios al pío y famoso filósofo Jaime Balmes.

El 13 de junio —día de su santo Patrón— de 1835 fue ordenado sacerdote. Tenía 27 años. Fue su mismo pueblo —Sallent— la palestra donde se estrenó su fogoso apostolado durante cuatro años. Aquí dio muestras de lo que llegaría a ser aquel hombre que cuando lo nombren obispo colocará en su escudo episcopal, como lema, las palabras de San Pablo: *Charitas Christi urget nos*. Y cuando muera en el destierro, después de haber trabajado tan duramente a lo largo de toda su vida en este apostolado de salvar almas, aún gritará:

«*¡Almas! ¡Almas!*».

Para conocer bien su vocación marchó a Roma e ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús. Por una enfermedad misteriosa se vio claramente que eran otros los caminos que el Señor tenía reservados para el joven sacerdote Claret. A los cuatro meses abandonaba el noviciado, volvía a su querida Cataluña y daban comienzo sus continuas y fervorosas correrías apostólicas —*misiones* las llamaba él— por toda la geografía de la región.

El Padre Claret tuvo siempre vocación declarada de misionero y a esto, a misionar, dedicará toda su vida de una forma o de otra. Recorrió muchos pueblos de Cataluña y de otras regiones lleando a todas partes el mensaje de Jesucristo. No sintiéndose satisfecho con su labor quiso perpetuar su obra con la fundación en el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1849, de la *Congregación de los Hijos del Corazón Inmaculado de María, Claretianos*.

En agosto de este mismo año recibía el mayor disgusto de su vida: El nombramiento de Arzobispo de Santiago de Cuba. A esta isla llegó el 15 de febrero de 1851. Triste y desolado campo le esperaba. El seminario vacío y un centenar de sacerdotes para

más de 300.000 almas todas muy necesitadas de dirección espiritual. El demonio había hecho terribles estragos en la isla. No era fácil poner remedio. Pero el ardoroso corazón de Antonio no se desalentó. Puso manos a la obra y en poco tiempo legitimó 12.000 matrimonios y confirmó a muchos miles de personas. Se entregó de lleno a las almas y procuró abarcar todos los apostolados con tal de poder llegar a los hogares y corazones de todos los isleños.

A los oídos de Isabel II, Reina de España, llegaron noticias de la santidad y sabiduría de este venerable obispo y en 1857 le mandó llamar eligiéndolo por confesor y consejero de su espíritu. Aquí se aumentarán sus títulos y dignidades: Consejero Real, Preceptor del Príncipe de Asturias y de los Infantes, Primado de las Indias Occidentales, Apóstol de la Hispanidad... Pero no se le subirán los humos a la cabeza. El seguirá llevando una vida austera, mortificada, y pasará casi todo el día entregado a la oración y al apostolado de la pluma siempre que sus obligaciones se lo permitan.

En 1869 se celebraba un gran acontecimiento en la Ciudad Eterna: el Concilio Vaticano I convocado por el papa Pío IX. En él tuvo un discurso muy valiente y lleno de sabiduría el Arzobispo Claret. Poco después era suspendida su celebración y moría nuestro venerado Padre.

También contra él se levantarán los enemigos y será calumniado. Se verá obligado a huir con la Reina y a beber las amarguras del destierro. Por ello creemos que con toda propiedad pudo elegir como inscripción para su tumba aquellas mismas palabras de otro gran hombre que también fue duramente perseguido, San Gregorio VII: *«Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro»*.

Por fin, lleno de méritos, el día 24 de octubre, antigua fiesta de San Rafael Arcángel, partía a la eternidad, y el 7 de mayo del Año Santo 1950 el papa Pío XII colocaba en las sienes de este fervoroso predicador y fecundo escritor la aureola de los Santos. Yo estaba estudiando entonces en Roma y tuve la dicha de participar en cuantas fiestas se hicieron en su honor en la Ciudad Eterna.

b) apóstol de la prensa

Así misionaba todos los pueblos de Cataluña el Padre Claret según nos cuentan sus biógrafos:

«Un manteo y un balandrán; este para los caminos, aquel para las poblaciones, y una muda de ropa interior, lo cual, juntamente con el Breviario, la Biblia y sus apuntes, lo llevaba a la mano, atado con una cinta de algodón».

El Padre Claret estaba convencido de que además del apostolado de la palabra —y por supuesto el de la oración— era el apostolado de la pluma el más eficaz de todos los apostolados ya que por su medio podía llegar a todas partes y ser muy duradero.

Por ello él se sirvió de su pluma escribiendo muchos e interesantes libros y una infinidad de artículos, siempre teniendo presente el hacer bien a los lectores. Para ello fundará editoriales, asociaciones, etc. que se dediquen a propagar la buena prensa y recomendará siempre este apostolado de la pluma. Así dirá a los miembros de la Academia de San Miguel:

«Un libro del espíritu de Cristo es el medio más eficaz de apostolado. Es incalculable el bien que puede hacer uno solo».

Idea que confirmará con cuanto escribió en su *Autobiografía*:

«Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella».

El libro es un predicador continuo. Padre Claret querría llegar a todas partes, hacerse añicos para estar en todos los púlpitos de la tierra, pero no puede llegar hasta allí. De aquí la importancia que daba a los libros. Así se expresaba en cierta ocasión:

«Al predicador no se le puede hallar tan fácilmente como a un libro. Lo que dice el predicador pasa de largo y, por lo mismo, no causa tan profundo efecto; pero un libro bueno lo podemos tener continuamente en nuestras manos, lo podemos revolver siempre que nos dé la gana, lo podemos meditar y rumiar detenidamente y así producir felicísimos efectos. Y por lo común se puede decir que la instrucción de viva voz da más pronto resultados, pero no son tan duraderos como los que se producen por medio del libro, que son más lentos, pero más permanentes».

Un buen libro es el mejor y más nutritivo alimento. Padre Claret estaba convencido de ello cuando escribía en su *Autobiografía*:

«Son los libros la comida del alma, y a la manera que si al cuerpo hambriento le dan comida sana y provechosa le nutrirá, y si la comida es ponzoñosa le perjudicará; así es la lectura, la cual si es de libros buenos y oportunos a la persona y las circunstancias propias nutrirá y aprovechará mucho; pero si es de libros malos, periódicos impíos y folletos heréticos corromperá las creencias y pervertirá las costumbres. Empezando por extraviar el entendimiento, luego corrompe el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males...».

El Padre Claret sabía por experiencia el bien enorme que la buena lectura le había proporcionado desde su niñez. Conocía también tantos casos de conversiones más o menos ruidosas que habían tenido como causa la lectura de un buen libro. Cuando ya sea mayor recordará con alegría aquellos buenos efectos que recibió por su medio:

«El considerar el bien tan grande —escribía en su Autobiografía— que trajo a mi alma la lectura de libros buenos y piadosos es la razón por que procuro dar con tanta profusión libros por el estilo, que darán en mis prójimos, a quienes amo tanto, los mismos felices resultados que dieron en mi alma».

El siglo XIX fue un siglo difícil para la Iglesia católica. Surgieron enemigos de todas partes: anticlericales, descreídos, masones... Los libros malos o corrosivos contra la Iglesia y contra las costumbres cristianas abundaban por doquier. Contra ellos se levantó con valentía el Padre Claret y puso todos los medios que su ardoroso fuego apostólico le inspiraban para poner coto a tanto mal. El no era un escritor brillante, pero sí tenía ideas muy claras y trataba de hacerse entender hasta por las gentes más sencillas.

En 1858, dice el santo que recibió mientras estaba en oración cuatro avisos. El 2º era: *«Escribir libros... Me dijo la Virgen santísima que arreglase los Avisos que en Cuba me había inspirado... A las 4 de la madrugada pregunté al Señor: ¿Qué quieres que haga? Y una voz interior muy clara me dijo: Escribe...».*

A pesar de no escribir en su lengua materna y de no tener un

estilo brillante nos ha dejado 96 obras propias (15 libros y 81 opúsculos) y otras 27 obras editadas, anotadas o a veces traducidas por él. El número es verdaderamente extraordinario si se tiene en cuenta el fogoso apostolado de predicación, dirección de almas y de gobierno que vivió toda su vida. El mismo santo compartía nuestra admiración cuando en su *Autobiografía*, escribía:

«Cómo he escrito tantos y tan diversos libros no lo sé, Vos lo sabéis, Dios mío; digo mal, lo sé. No soy yo quien ha escrito, sois Vos, Dios mío, que os habéis valido de este miserable instrumento para esto, pues no tenía saber, ni talento, ni tiempo para esto; pero Vos, sin yo entenderlo, me lo proporcionábais todo. ¡Bendito seais, Dios mío!».

No siempre aunque se quiera se puede dar a conocer los libros buenos ya que editar libros es muy costoso. De esto era consciente el Padre Claret y por ello buscaba personas buenas y pudientes que le ayudasen para editar y regalar libros. Les recordaba que este era un buen medio de ayudar a la salvación de las almas ya que así se daba a conocer la doctrina de Jesucristo. Una frase que muchos amigos y conocidos ya sabían de memoria por haberla oído muchas veces a este santo varón, era esta:

«La mejor limosna es un buen libro».

José Quintana, en el Proceso Informativo de Vic, depuso como texto auténtico de nuestro santo Padre Claret este tan aleccionador:

«El objeto más piadoso, útil y en el día necesario a que puede aplicarse la cantidad que usted me indica es, sin duda, la propagación de buenos libros. Todos los días veo y toco esa necesidad y utilidad; por eso exhorto a todas las personas que me presentan alguna ocasión, y para eso trabajo, y en eso invierto los ahorros que puedo...».

Padre Claret era un hombre práctico y entendía de las necesidades de los hombres. Y también de sus gustos. Refiriéndose al formato de los libros escribió en su *Autobiografía*:

«Los libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa y la llaman por todas partes... Si el libro es voluminoso, no será leído; únicamente servirá para cargar los estantes de las librerías y bibliotecas».

Fue el fundador de la *«Hermandad espiritual de libros bue-*

nos». Fundó también la «*Librería Religiosa*». El año 1858, al cumplirse el décimo aniversario de la fundación, encontrándose ya el santo arzobispo de confesor de la Reina en Madrid, recibió una preciosa carta del papa Pío IX, alegrándose con todo el Episcopado español por el bien incalculable que realizaba esta obra suya de la buena prensa. Le decía:

«La experiencia de muchos años atestigua que las Iglesias de España han reportado de tu obra muy grandes ventajas y beneficios. Muchos millares de libros, que se han publicado ya y siguen publicándose en Barcelona, esparcidos por todos los ángulos de España, son un testimonio convincente de que los españoles, hasta en estos tiempos en que la licencia del siglo parece más propensa a debilitar la autoridad de la Iglesia, continúan firmes y más fuertemente adheridos a la doctrina que recibieron de sus mayores... Por lo que, Venerable Hermano, nos congratulamos en gran manera contigo y con los demás Obispos de ese católico Reino, que tan laudablemente fomentan la Librería Religiosa que tú creaste en Barcelona; y a todos os animamos para conservar unánimes y proseguir siempre con más ardor la grande obra que emprendisteis».

Padre Claret se adelantó al apostolado seglar. Por algo se le llamó *el precursor de la Acción católica*. Para que los seglares trabajaran en el apostolado de la buena prensa fundó las *Bibliotecas Populares*. Las puso totalmente en manos de los seglares. ¿Por qué lo ha hecho así? El mismo santo responde en el Reglamento que para su buen funcionamiento escribió:

«Porque el cura párroco y demás sacerdotes se hallan ocupados en las cosas de su ministerio; ni tampoco tienen la oportunidad de meterse entre las gentes del pueblo como tiene un seglar; y, además, en estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas».

Cuando el 1926 el papa Pío XI aprobó el Decreto de la heroicidad de las virtudes del P. Claret, dijo cosas muy bellas de la visión del futuro que tuvo sobre las obras de apostolado seglar siendo un pionero de la Acción Católica que con tanta fuerza protegió este papa. Hablando de este apostolado que inició el Padre Claret decía el papa:

«Queremos decir la imprenta, el libro. Se ha dicho que de haber vivido san Pablo en nuestros días, se hubiera hecho periodista. Es dudoso que este hecho se hubiese literalmente cumplido en el apóstol; pero no es dudoso que se hubiera realizado en el espíritu...»

Es un título, una gloria, un mérito característico de Antonio María Claret el haber juntado con felicísimo maridaje el apostolado, el ministerio de la predicación, de la caridad, de la obra, del ejercicio personal, con el empleo más amplio, más moderno, más juicioso, más vivo, más industrioso, más popularmente genial del libro, del opúsculo, de la hoja volandera, devoradora del espacio».

Ocho años después, en 1934, al declararle Beato, de nuevo volvió el Santo Padre a exaltar esta cualidad y gran mérito del Santo por su gigantesca empresa de componer y propagar los buenos libros.

El papa Pío XII en la Bula de canonización, que se realizó el 7 de mayo de 1950, también tocó, con gran riqueza de detalles, esta faceta del apostolado de la prensa de nuestro Santo arzobispo y fundador. Dijo:

«Entre otras obras de apostolado, juzgó que sería de gran utilidad a la defensa del rebaño de Cristo, el imprimir y divulgar toda suerte de escritos acomodados a su tiempo. Publicaba continuamente libros y opúsculos acomodados a las condiciones de todos. De tal modo que en el espacio de dieciocho años de la Editorial por él fundada salieron alrededor de cuatrocientos mil impresos para explicar la doctrina cristiana, que el santo daba gratuitamente en sus misiones».

6. San Enrique de Ossó

a) síntesis biográfica

En un 15 de octubre de 1840 en Vinebre, hermosa villa de la provincia de Tarragona, venía al mundo este futuro apóstol de la palabra y de la pluma.

Su abuelo paterno y su santa madre influyeron grandemente en la futura santidad de Enrique. Su madre soñaba ya con su

«mosen». Mientras que su padre, hombre severo y un tanto autoritario, quería a toda costa que su hijo se dedicara a los negocios como él.

Pronto Enrique empezó a descollar entre sus compañeros por su despierta inteligencia y buen corazón.

Las ilusiones de su madre cayeron por tierra cuando un día le dice el pequeño:

—«*Madre, yo quiero ser maestro*».

Por el contrario su padre se frotó las manos de alegría al recibir una carta de su hermano Juan desde el pueblecito aragonés Quinto de Ebro invitándole a que enviara al pequeño Enrique a su casa para que se fuera adiestrando en su modesto negocio con miras a encargarse totalmente de él cuando fuera mayor.

No le probaron aquellos aires, enfermó y tuvo que volver a Vinebre. Su padre insistía en que se preparara para la obra empresarial. El por el contrario afirmaba con valentía que su vocación era la de maestro. Pero una vez más el Señor hace prodigios en las almas y El dirige nuestros pasos. Bien dijo por Isafas: «Mis caminos no son vuestros caminos...» (55,8).

El será todo lo que desea su madre, su padre y él mismo. Pero con otra proyección mucho más rica.

El 1854 —año grande por haber sido declarado el dogma de la Inmaculada— el cólera segó miles de vidas en España. Entre ellas la de Micaela, la madre de nuestro Enrique. Momentos antes de morir, le dijo con gran afecto:

—«*Enrique, hijo mío, ¿por qué no quieres ser sacerdote?*

Lloró mucho su muerte y al poco de expirar dijo lleno de alegría a los que le acompañaban:

—«*Mirad a mi madre que sube al cielo*».

Una idea firme le torturaba: Quiero descubrir la voluntad de Dios. No sé qué es lo que el Señor me pide, qué espera de mí.

Después de pedirlo mucho en la oración, escribió unas cartas, se vistió de peregrino, cogió unos cuantos libros y, sin más, se puso en camino hacia la Virgen de Montserrat para ponerse al servicio como el más fiel «*criado de la Virgen*».

Años después dirá que a los pies de la Moreneta hizo confesión general y que quería quedarse para siempre allí para estar al servicio de la Virgen.

Su padre no paró hasta dar con su paradero y le hizo volver a su pueblo. En este tiempo leyó por vez primera la vida y obra de Santa Teresa que tanto le impactaron que cuando sea sacerdote lo colocará todo bajo su amparo y protección.

Poco tiempo pasó en el pueblo ya que en cuanto pudo marchó al seminario de Tortosa para prepararse para ser el día de mañana un digno sacerdote.

En el seminario se entregó de lleno a su formación humanística, filosófica y teológica. Fue la admiración de compañeros y superiores por su despierta inteligencia y por sus ricas y abundantes cualidades humanas y sobrenaturales: afabilidad, humildad, piedad, caridad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a todos sus compañeros.

El recuerdo de su estancia en Montserrat le había marcado para siempre. Aunque el tiempo que pasó allí fue muy breve, pero la *consagración total* que le hizo a Jesucristo en la persona de su Madre María le empujaba continuamente a ser fervoroso cumplidor de sus deberes. Allí en Montserrat, como recordará más tarde, le dijo a Jesucristo:

«Seré siempre de Jesús. Señor, seré siempre tu ministro, tu apóstol, tu misionero de paz y amor».

Esta fue la primera entrega, la más total a pesar de haberla hecho en su adolescencia, pero Enrique era ya todo un hombre. Cuando ya sacerdote le arrecien las persecuciones y dificultades de todo tipo recordará con cariño y eficacia esta CONSAGRACIÓN a Jesucristo en las manos de maría.

Antes de su ordenación sacerdotal hizo unos ejercicios espirituales bajo la sabia dirección del señor obispo D. Benito Villamitjana. En ellos prometió un propósito o mejor, se marcó el lema que deseaba como fundamento para toda su vida:

«En el servicio de Dios seré, con su gracia: attente, devote, confidenter, alacriter, ferventer».

Como si hubiera querido decir: *Atento*, a los detalles. *Devoto*, a la voluntad de Dios. *Confiado*, a pesar de todo. *Ardiente*, con el celo por Jesús, María y las almas. *Fervoroso*, en el servicio de Dios.

Este «Quiero ser santo» dicho con tanta generosidad fue la fuerza que siempre le guió hacia la meta. Fue la fuerza de su sacerdocio.

El día 27 de septiembre de 1866, recibía la ordenación sacerdotal. Desde este momento se sintió ya y a lo largo de toda su vida muy gozoso y sumamente realizado en su vocación. Por ello solía decir, con gracia y buen humor, en su idioma catalán:

«Cada día doy gracias al Señor y a la Virgen María por mis tres ces: Soc cristià. Soc català. Soc capellà. Soy cristiano. Soy catalán. Soy sacerdote».

El día 6 de octubre celebraba ante el altar de la Virgen de Montserrat su primera misa. Cuántos recuerdos acudieron a su mente aquel memorable día. Sobre todo una cosa echaba a faltar: la presencia material de su santa madre que tantas ilusiones tenía de que su Enrique fuera sacerdote:

«Sólo un vacío notaba: la presencia visible, corporal de mi buena madre de este mundo. Pero, ¿qué importa? Allí estaba presente... allí estaban presentes mis buenas madres. María Inmaculada y Micaela...».

Desde ahora *ya tiene cauce el torrente para convertirse en río*. El fuego que bulle en su corazón por dar a conocer y hacer amar a Jesucristo y a María sale a borbotones de Enrique y en todas las vertientes y formas de apostolado: predicación, catequesis, administración de sacramentos, escritura, fundaciones...

Serán muchas las dificultades que le saldrán al paso en todas sus empresas. Será duramente probado sobre todo en lo que más cuesta: la calumnia y la persecución. Y más aún cuando esta nos llega de quien menos se podía esperar. San Enrique será uno de los santos que más han sufrido en su vida pero su valentía era superior a tanta pequeñez y ponzoña. Sólo una cosa le importaba: conocer si eso era la voluntad de Dios. Una vez que lo tenía claro ya no había dificultad que se opusiera a sus planes. Por ello con frecuencia se preguntaba:

«¿Lo quiere Dios? ¿Lo quiere Jesús?».

El papa Juan Pablo II el día 16 de junio de 1993 en la Plaza de Colón de Madrid, al canonizarlo, confirmaba esta afirmación:

«Pensar, sentir, amar como Cristo Jesús; obrar, conversar y hablar como El; conformar, en una palabra, toda nuestra vida con la de Cristo Jesús es nuestra ocupación esencial».

No hay duda de que la santidad de San Enrique hay que buscarla en su fiel cumplimiento de la voluntad de Dios.

El apostolado de nuestro protagonista se dirigió en todas las vertientes. No había campo en el pueblo de Dios que no mereciera ser atendido por su apostólico corazón. Para llevar adelante su obra fundó varias Asociaciones que muy mucho contribuyeron al enorme apostolado que por doquier desarrolló:

Para niños: «Rebañitos del Niño Jesús», que hoy son los «Amigos de Jesús».

Para jóvenes: «Archicofradía de María Inmaculada y Teresa de Jesús». Hoy «Movimiento Teresiano de Apostolado».

Para mayores: «Hermandad Josefina. Hermandad Teresiana»... y otras.

Pero la OBRA principal a la que dedicó todas sus energías y la que con toda fuerza ha llegado hasta nosotros y se halla extendida en muchas partes del mundo fue la fundación de la COMPañÍA DE SANTA TERESA o TERESIANAS como las conocemos vulgarmente. El solía decir con mucho acierto:

«El mundo ha sido siempre lo que han hecho las mujeres. Un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa»...

Era consciente de la importancia de la educación de la juventud en todas sus múltiples vertientes. El lo dirá muchas veces: *«para extender el conocimiento y amor de Cristo por la educación fundó esta Congregación».*

El papa Juan Pablo II en el memorable 16 de junio lo recordaría repetidas veces y exhortaba a las teresianas a ser fieles al carisma que les legó su Padre Fundador:

«Sed fieles a este carisma en pro de la Iglesia por medio de la santidad de vida y empeño apostólico, sobre todo a través de la enseñanza y formación de la juventud».

Padre Ossó, a imitación de su santa predilecta santa Teresa, sabía que el Señor *prueba a los amigos que ama y por ello tiene tan pocos*. La injusticia, la calumnia, la persecución... se cebaron con saña en él. Pero este bendito Padre no pagaba con la misma moneda. Más aún, estaba siempre dispuesto a perdonar y a disculpar a los perseguidores. De su profunda oración y vida de sacrificio sacaba fuerza para enfrentarse contra tanto mal.

Sus hijos e hijas espirituales conocían a las mil maravillas el

modo de obrar de su santo Padre y hasta se sabían las palabras que les diría si le pedían que se defendiera:

—«*Esperad y veréis grandes cosas*», decía algunas veces.

Y otras:

—«*Callad, esperad, orad*».

Porque vivía en intensidad este triple lema podía arrostrar y luchar contra tanta maldad.

Conocía muy bien la doctrina del Maestro: «Quien quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga». Y: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere no puede dar fruto, pero si cae y muere, dará fruto copioso». Padre Ossó moría cada día un poco y por ello el fruto que dio fue maravilloso.

Por fin el fruto ya estaba maduro. Todavía era joven, pero ya había llegado a una avanzada santidad. El Señor lo llamó de improviso pero él estaba siempre preparado.

Al igual que san Juan de la Cruz le había pedido al Señor repetidas veces que deseaba morir sin consuelos humanos y en lugar desconocido. Así fue. La noche del 27 de enero de 1896, mientras estaba en el convento franciscano del Santo Espíritu de Gilet (Valencia) a donde se había retirado para hacer ejercicios espirituales, recibió la llamada del Maestro.

El 1979 el papa Juan Pablo II lo inscribía entre los beatos; y catorce años después, el 16 de junio de 1993, el mismo papa lo canonizaba en una fiesta solemnísima difícilmente superable. El papa, ante más de un millón de asistentes, en la Plaza de Colón de Madrid, dijo:

«*Hoy es un gran día para la Iglesia en todo el mundo pero en España en primer lugar*».

b) apóstol de la prensa

Conocemos el bien tan grande que hizo en su espíritu, cuando todavía era un adolescente, la lectura de la vida y obras de santa Teresa.

También hemos recordado más arriba el fogoso apostolado que una vez ordenado sacerdote desplegó san Enrique.

Entre estos apostolados fue el de la pluma y asociaciones o

revistas que fundó uno de los que más tiempo le robaban. Se dio cuenta de la gran ignorancia que había de los fundamentos de la fe cristiana en niños, jóvenes y mayores y por ello quiso colaborar para desterrar la ignorancia que como el solía decir *es la madre del error*.

Estaba plenamente convencido del alcance tan grande de la prensa ya que puede llegar hasta lugares y personas que no acuden a la Iglesia y que un libro o una revista es un sermón permanente, dispuesto siempre a ser escuchado.

Empezó dando clases de catecismo a los más pequeños. Por su medio llegaba hasta sus padres. Fue siempre muy amigo de los jóvenes y se hacía joven como ellos pues trataba de comprenderles y compartir sus ideales.

Convencido como pocos del enorme valor de la oración para fomentarla escribió un precioso libro: *El cuarto de hora de oración*, que se hizo clásico y llegó a ser uno de los libros más populares en España e Hispano América. Se han hecho de él más de cincuenta ediciones y se han publicado muchos miles de ejemplares.

También escribió estos otros libros que se difundieron mucho:

«*Guía de catequistas*». «*Catecismo para obreros*». «*El tesoro de la juventud*». «*Viva Jesús*»...

También fundó varias revistas de gran tirada de ejemplares que él mismo dirigía y la mayor parte de artículos se debían a su pluma: «*El amigo del pueblo*». «*Revista Teresiana*»...

Fue un gran pedagogo y maestro de pedagogos, por ello tenía un arte especial para llegar al pueblo y saberse entender. Era todo un maestro en comunicación y un buen periodista.

Aún hoy son muy aceptados sus escritos y continúan haciendo un gran bien en cuantos los leen.

7. San Maximiliano María Kolbe

a) síntesis biográfica

Este gran mártir de la caridad nació en la Polonia central el 8 de enero de 1894 de muy piadosos padres. A imitación de la familia de San Bernardo, los tres hermanos que sobrevivieron

—fueron cinco hermanos— se consagraron a Dios en la vida religiosa y sacerdotal. También sus padres abrazaron la vida religiosa.

La vida del joven Raimundo, como se llamó nuestro héroe en el bautismo, está toda tachonada de acentos marianos.

El primero que se recuerda es cuando siendo todavía muy niño fue reprendido por su mamá:

«Hijo mío, ¿qué va a ser de ti el día de mañana?»

A raíz de aquella reprensión notó la madre que aquel niño antes vivaracho, alegre, juguetón y abierto era ahora tristón, meditabundo e introvertido. ¿Qué había sucedido?

Un día su madre creyendo que estaba enfermo, le abordó:

«—Dime, hijo mío, ¿qué te pasa? Te noto algo raro.

—Mamá, cuando me reprendiste el otro día le pedí mucho a la Virgen que me dijera lo que iba a ser de mí. Luego en la Iglesia, lo volví a pedir. Entonces se me apareció la Virgen con dos coronas en las manos, una blanca y otra roja. Me miraba con cariño y me preguntó si quería aquellas coronas. La blanca significaba que perseveraría en la pureza. La roja, que llegaría a ser mártir. Yo le respondí que aceptaba las dos».

Este secreto no lo reveló a nadie más que a su madre, quien lo supo guardar en el silencio de su corazón hasta después del heroico martirio de su hijo.

El cambio de su vida de niño fue para una entrega mayor a la oración y al estudio. Se preparó lo mejor posible y cuando un día llegaron a su pueblo dos padres franciscanos reclutando vocaciones decidió irse con ellos. Al año siguiente su buen padre llevó a él y a su hermano mayor al seminario de Leópolis, en Ucrania, y al año siguiente hacía otro tanto su madre con José, el hermano pequeño.

Se entregó de lleno al estudio y a la oración. Aún sin pretenderlo se distinguía de sus compañeros por las ricas y abundantes cualidades que la Divina Providencia le había dotado. Pero era humilde y sencillo con todos.

En 1912 llegaba a Roma para cursar sus estudios superiores. Durante este tiempo ideó la futura *Milica de la Inmaculada* a la que dará vida cuando vuelva a Polonia..

El mismo padre Kolbe nos relatará cómo nació esta magna

empresa de la MILICIA DE LA INMACULADA que tantos bienes espirituales cosechará para Cristo y su Madre:

«Era el 16 de octubre de 1917. Al principio no tenían un programa más o menos determinado. Sólo un sentimiento común unía a todos los miembros de la misma: Consagrarse de lleno al culto y al amor a la Virgen Inmaculada como instrumento en sus manos purísimas para salvar y santificar las almas».

El 20 de enero de 1917 el padre rector les habló en la meditación de las Bodas de Diamante de la conversión del hebreo Alfonso María Ratisbona que se realizó ese mismo día en la iglesia de San Andrea delle Fratte. Desde entonces se despertó en Kolbe un gran afecto hacia esta iglesia y especialmente hacia el altar de la Conversión. El 29 de abril de 1918 aquí celebrará su Primera Eucaristía nuestro santo padre Kolbe como ahora lo recuerda una lápida de mármol.

Vuelto a su patria sólo ansiaba una cosa: Llevar a la práctica cuanto había ideado en Roma para su Milicia de la Inmaculada. Era la hora de llevar a la práctica su consigna que tratará con todas sus fuerzas que sea asumida por todos los miembros de la misma:

«¡Todo por la Inmaculada! Entregarse como cosa y propiedad de la Inmaculada. He aquí nuestra consigna y orden del día».

Mientras estudiaba en Leópolis sintió tentaciones de marcharse con su hermano mayor a defender a su patria. En esta ocasión fue la visita de su santa madre quien le hizo desistir de su intento y seguir fiel a su vocación. Estudiando ya en Roma le vinieron de nuevo estos pensamientos alguna vez: ir a defender a su patria que estaba enfrascada en la Primera Guerra Mundial. Pero eran otros los caminos del Señor.

Ahora, desde Polonia, podrá llevar a la práctica —en otro terreno menos vistoso, pero sin duda más eficaz— estos ardientes deseos. Será militar y sacerdote a la vez. Será el verdadero CABALLERO DE LA INMACULADA, dispuesto siempre a defenderla y extender su culto y devoción por todo el mundo... y hasta dar la vida por Ella si llega la hora.

Tiene en su lenguaje palabras caballerescas o de profundo sabor militar pero solo hacen referencia a la vida interior o espiritual.

«Debemos trabajar por la conversión y salvar a todos bajo el patrocinio de María Inmaculada».

Y en otra ocasión, considerando los males de la masonería y secularismo reinante, exclamaba confiado:

«La Inmaculada es mucho más fuerte y aplastará la cabeza de la serpiente infernal».

Para atajar tanto mal la solución era fácil: conocer y amar a la Virgen. Confiar en Ella y tratar de seguir el consejo que nos dio en las Bodas de Caná: «Haced lo que El —mi Hijo— os diga»:

«Este amor y conocimiento de María será el filón de oro de nuestra renovación para así ayudar a la conversión de esta corrompida sociedad».

Tan de lleno se entregó a toda clase de apostolados que muy pronto su robusta salud empezó a flaquear hasta el punto de tenerlo que internar. Una noche le acompañaba su hermano José y casi sin poder hablar hace señas para que le den algo. No lo entienden. Por fin se da cuenta su hermano que el enfermo le pide alguna cosa rara: las gafas y el reloj. ¿Para qué los querrá si apenas puede hablar? Sólo le ruega que coloque ambas cosas al pie de la imagen de la Virgen Inmaculada que tiene ante él. Días después explicará el caso:

«¿No son las gafas el símbolo de los ojos? Pues colocándolas ahí, quiero que representen a mis ojos siempre fijos en la Madre Inmaculada... Y el reloj ¿no significa el tiempo? Al ponerlo ahí pretendo expresar mi firme voluntad de consagrarle a esa buena Mamá cada instante de mi vida»...

Estos mismos días había escrito en sus notas íntimas:

«Quienquiera que seas, cualquier cosa que tengas o puedas, todo lo que haces (pensamientos, palabras, acciones), le pertenecen totalmente a Ella. Mi vida (cada instante), mi muerte (dónde, cómo y cuándo sea) y mi eternidad, le pertenecen totalmente».

Fue el gran apóstol en Polonia y en el Japón... Lo veremos en el apartado siguiente.

Los nazis invadieron Polonia y en la ciudad de Auschwitz, ciudad a unos 60 kilómetros de Cracovia, se construyó la ciudad de la muerte. Como dijo el primer ministro polaco, Cyrankiewicz: «el mayor cementerio de la historia y del mundo». Aquí fue llevado nuestro santo padre Maximiliano María. Y aquí le esperaba el altar donde se inmolaría como el Maestro en bien de la humanidad.

Al llegar desapareció su nombre y empezó a ser un número, el 16.670. Para describir la vida horrorosa que allí llevó serían necesarias muchas paginas.

El era consuelo y alivio de todos los presos. A todos llegaba su palabra alentadora y cristiana.

La lápida que hay en la fachada del pabellón de castigo describe, con breves pero valientes rasgos, la acción maravillosa que el padre Kolbe desplegó en aquel infierno:

«Aquí, en las celdas del hambre, los hombres que estaban condenados a muerte, generalmente enloquecieron. Tenían semblantes desesperados, gritaban día y noche. Solamente en esta celda, ocupada por M. Kolbe, un ardiente amante de Jesús, que siguió los consejos Evangélicos con gran amor a Dios, no se oyó grito alguno. Hasta el final cantó alabanzas a Dios y su rostro fue radiante hasta el momento de expirar».

Un día desapareció uno de los presos. La fuga fue castigada con la muerte de diez presos en el «bunker del hambre». El temible jefe del Campo, el fatídico Fritsch, los puso en fila. Elige a diez, uno de cada fila y entre ellos le toca la mala suerte al número 5.659 que era el de Francisco Gajowniczek. Se echa a llorar a la vez que exclama:

«¡Ay! ¿Qué será de mi mujer y de mis hijos?».

Padre Kolbe no dudó un momento. Había llegado el supremo momento de su vida. Pasar de las palabras a las obras. Dar la vida por el hermano. Dio un paso al frente, ante el espasmo de todos y se presenta ante el temible Jefe alemán a la vez que le dice:

«Me ofrezco a morir a cambio de ese padre de familia. Soy sacerdote católico».

Los tormentos que padeció son indecibles. El era el aliento para todos: les animaba, les ayudaba, les consolaba, les daba lo que tenía...

El 14 de agosto de 1941, el enfermero le inyectó por orden superior una inyección de ácido muriático para acelerar su muerte. Y fue al cielo, a celebrar la fiesta de la Asunción.

Pablo VI lo beatificó en 1971. En aquella gran fiesta había un testigo de excepción: el ex-sargento Francisco Gajowniczek, por quien el nuevo Beato había realizado el acto supremo de ofrecer su vida.

Juan Pablo II, polaco como él, el 10 de octubre de 1992, lo inscribía en el catálogo de los santos en solemnísimas ceremonias romanas.

b) apóstol de la prensa

Padre Kolbe una vez vuelto a Polonia se entrega de lleno a toda clase de apostolado con tal de llevar adelante la misión que había ideado para su *Milicia de la Inmaculada* que con todo detalle ha ido preparando en sus años de estudios romanos.

Su misión, para la que cree que el Señor le ha elegido es, sobre todo, para dar a conocer y hacer amar a la Virgen María.

El piensa, indaga, actúa. Quiere que su palabra —el MENSAJE DE JESUCRISTO Y EL DE SU MADRE— llegue a todas partes.

Estamos ya en los tiempos modernos, en los que la imprenta —la palabra escrita— va abriéndose camino en todas partes... Padre Kolbe sabe muy bien que un mensaje llevado por los aires de la letra llega hasta los lugares más remotos y hasta las personas más diversas. Cosa que no le es fácil a la palabra hablada.

Con los debidos permisos funda el periódico *El Caballero de la Inmaculada*.

Muchos religiosos y seglares se lanzan a la calle y van vendiendo —y a veces regalando— el periódico. Nunca se había visto este tipo de apostolado de la buena prensa.

Este era el fin de esta publicación como él mismo había escrito:

«Comprometerse a la obra de la conversión de los católicos... El tono de la revista era amigable con todos, sin tener en cuenta la diferencia de la fe o nacionalidad. Su nota característica será el amor, aquel amor que nos enseñó Cristo».

Se extiende de modo tan providencial que pronto llegará a editar hasta 750.000 ejemplares y después más de un millón. Con los beneficios obtenidos y otros donativos, compra terrenos y edifica, a unos 40 kilómetros de Varsovia, la que se llamará *Ciudad de la Inmaculada*.

La finalidad de esta nueva ciudad —la de la Inmaculada—

estaba abierta para todos con tal que aceptasen las bases fundacionales de la misma que, según P. Kolbe, su fundador, eran estas:

«... no sólo defender la fe y contribuir a la salvación de las almas, sino también conquistar para la Inmaculada, con una valerosa ofensiva, sin pensar en absoluto en nosotros mismos, todas las almas, una por una...».

Los principios fueron muy duros. Un día no tenía dinero y sí una gran deuda que pagar urgentemente. La cosa iba mal. Lo puso en manos de la Madre Inmaculada. Entró en la Iglesia para orar. Se acerca al altar y sobre él encuentra un sobre en que se lee: *«Para Tí, Madre Inmaculada»*. Lo abrió y encontró la cantidad exacta que necesitaba para salir de aquel atolladero. Fue y lo presentó al P. Superior el cual le dio permiso para usarlo para lo que el sobre indicaba.

Creció tanto que en aquella magna casa de la Inmaculada llegarían a vivir casi un millar de religiosos sacerdotes y hermanos, todos entregados en cuerpo y alma a la tarea de dar a conocer para hacer amar a la Madre Inmaculada.

Además de la revista *El Caballero de la Inmaculada* editó *El Caballero para niños*, que publicaba 180.000 ejemplares. *El Pequeño Diario* con 130.000 ejemplares cada día.

Cierto día llegó a visitar aquella gran ciudad de la Virgen Inmaculada, con tanta máquina moderna, un canónigo polaco, y al contemplar aquellas rotativas impresoras, dijo un poco maliciosamente:

—*«Si viniese ahora y viese estas máquinas tan costosas San Francisco, ¿qué diría de todo esto?»*

—*«Pues se arremangaría el hábito, pondría las máquinas a toda marcha y trabajaría como lo hacen estos buenos hermanos, de esta forma tan moderna, para difundir la gloria de Dios y de la Inmaculada».*

El celo que llena el corazón de P. Kolbe no se contenta con la gran obra que realiza en Polonia. Quisiera hacer cosa parecida en otras partes del mundo. El 1927 le nombran Procurador de las misiones de la Orden. No va a ser un mero título honorífico. marcha a Roma para entrevistarse con su Padre General y con la

sagrada Congregación de Propagación de la Fe. Les pide sus permisos para irse a Japón y fundar allí, y si puede también en la India, algo parecido a la obra de Polonia: *La Ciudad de la Inmaculada con su Milicia*».

Allí marchó y al poco tiempo ya salía a luz pública el primer número de «*El Caballero de la Inmaculada*» en japonés con 10.000 ejemplares.

P. Maximiliano María escribía desde Japón:

«Quisiera abrir inmediatamente una posición más constante en la India para todos los idiomas de allí y en Beirut para todos de la lengua árabe... La acción de nuestra revista así sería muy importante».

El año 1931 se inauguraba en el Japón la Ciudad de la Inmaculada, a imitación de la de Polonia. Al año siguiente escribía P. Kolbe describiendo el apostolado que en aquellas tierras niponas realizaban:

«Nuestro trabajo aquí es muy simple: currar todo el día. Matarse trabajando, ser considerado poco menos que un loco por parte de los nuestros y, agotado, morir por la Inmaculada».

Para terminar estos testimonios sobre este gran apóstol de nuestros días con los medios más modernos que la Divina Providencia coloca en nuestras manos con el fin de llevar a feliz término el fin de la Creación y así el hombre dar gracias a El por medio de su inteligencia, vale la pena recordar lo que P. Kolbe solía decir a sus religiosos:

«Nosotros, los religiosos, podemos vivir en barracas, con la ropa remendada, alimentándonos modestamente... pero nuestras máquinas tipográficas que sirven para dar gloria a Dios difundiendo su mensaje de salvación deben ser las mejores y del último modelo...».

8. Beato Tito Brandsma

a) síntesis biográfica

En 1985, año de su beatificación por el papa Juan Pablo II, escribí mucho sobre él. A uno de mis libros lo titulé así: *El Periodista santo*.

Este carmelita holandés tiene un enorme parecido, en muchas cosas, con el franciscano polaco P. Kolbe que acabamos de conocer.

Fue presentado por el papa y toda la prensa mundial como «*mártir de la fe, de la libertad de expresión y de la caridad y Patrón de los periodistas católicos*».

Nació en Bolsward, pueblo enclavado en la Frisia holandesa el 23 de febrero de 1881. Fue el quinto de los seis hijos que tuvieron sus cristianos padres. Cinco de ellos abrazarían la vida religiosa en diversos Institutos.

Desde muy niño demostró una inteligencia sumamente despierta dentro de un cuerpo poco fuerte.

Estudió en los padres franciscanos. A sus diecisiete años se decidió por abrazar la vida del Carmelo pues, como confesaría él más adelante después de haber estudiado todos los diversos carismas de la Iglesia, abrazó el del Carmelo, por su doble espíritu de profunda oración y tierna devoción a la Virgen María «*le había fascinado*».

Con el fin de perfeccionar sus estudios fue enviado a Roma donde pasó varios años entregado a la formación y a la oración en el Colegio Internacional de San Alberto. En Roma obtuvo el doctorado en filosofía y vuelto a su patria enseñó esta y otras materias dentro y fuera de su Orden.

Siendo todavía muy niño, mientras oía a su padre leer la vida de su Patrón, San Anno, que fue obispo, exclamó:

—«*Yo también quiero ser obispo*».

No llegaría a ser obispo pero sí religioso y sacerdote carmelita, y lo que más vale, santo.

Tanto en los años de su noviciado, como después durante sus estudios superiores, se le veía volar más que correr por el camino hacia el sacerdocio y a una vivencia plena del mismo. Por fin le llegó su gran día. Fue el 17 de junio de 1905. Allí estaba rodeado de sus benditos padres y de sus hermanos y hermanas. En la estampita recordatorio había escrito un pensamiento de san Pablo que será el presagio de su vida: «*Mucho se le pedirá a quien mucho se le dio*».

Al final de cada jornada, desde este día, se preguntará P. Tito si verdaderamente ha dado cuanto le pedía el Señor. Cier-

tamente que la conciencia poco podía recriminarle en este sentido ya que siempre se esforzó por corresponder a tanta gracia de parte del Señor. Bien resumía su vida sacerdotal lo que escribió en los días tan amargos del campo-prisión de Scheveningen:

«La vocación por la Iglesia y el sacerdocio me ha enriquecido de tanta dulzura y tanto gozo que estoy dispuesto a aceptar todo aquello que pueda acaecerme, aunque repugne a mi naturaleza».

El fuego eliano ardía en su corazón. Poco importaba que la salud se resintiera. Un compañero suyo dijo de él:

«Se le puede llamar vigía de Dios. Está en todas partes».

A las cinco de la mañana ya lo encuentran en el coro. Durante el día está o en clases o en el tren. Tiene tiempo para todo. El contesta a las objeciones que le hacen que se cuide y no diga a todo que sí:

«Donde hay una voluntad hay un camino».

Padre Tito se ofreció para ir a misiones a Java y al Brasil pero los superiores no se lo permitieron. En 1922 para suplir en parte estos deseos organizó una Exposición Misional sobre el Brasil. Fue todo un éxito. Se recogió mucho dinero y, lo que más valía, se hizo un gran ambiente a favor de las misiones, se despertó la conciencia misionera. Padre Tito gritaba su slogan:

«¡Hay muchos millones que salvar! ¡Ayudémosles!».

El alma de P. Tito, como alguien dijo, fue un huerto donde florecieron todas las virtudes. Acude para remediar todas las necesidades aunque los más pobres, los niños, los jóvenes y los enfermos son sus preferidos. A veces el P. Prior se ve obligado a poner freno a tanto fuego apostólico y tantas horas de oración pues su salud se resiente.

«Lo que Vd. diga, Padre, pero ¡hay tanto que hacer!», contesta con gran sencillez Padre Tito...

Cuando le dice el superior que deje de hacer algo, contesta:

«¡Está bien, Padre Prior. Los superiores saben mejor que Tito Brandsma lo que Tito Brandsma debe hacer».

Se le encontraba en todas partes. El celo eliano le consumía. Alguien dijo de él:

«Padre Tito sólo está quieto en el tren y en el coro».

Los que lo trataban de cerca decían de él:

«Es puro como un ángel». «Es puro como un niño de Primera comunión».

Llegará a ser el hombre más famoso y más conocido de Holanda. Las iniciales T. B. eran conocidas en todas partes. Las cartas llegaban a sus manos con sólo poner su nombre en el sobre.

La Sagrada Congregación para la Causa de los Santos, el 9.11.1984, en el Decreto para la Beatificación del P. Tito dio esta síntesis de sus virtudes:

«De pequeña y grácil estatura y de salud siempre delicada, supo combinar una intensa vida interior y una gran solicitud por todas las formas modernas de apostolado: misiones, unión de las Iglesias, escuelas y educación católicas, medios de comunicación social...

De carácter apacible pero firme, destacaba por su fe viva, por su inmensa confianza en Dios y por su exquisita caridad, especialmente para con los pobres, por lo que muchos, ya antes de su martirio, le tenían por santo...

Pasó sus últimos meses en cárceles y campos de concentración dando a todos ejemplo de una fe inquebrantable, de fortaleza de ánimo, de paciencia y de exquisita caridad, no sólo para con sus compañeros de prisión a quienes prestaba ayuda espiritual y hasta daba su exigua ración de comida, sino también para con los mismos verdugos, enemigos de su religión y de su patria, a quienes todo perdonaba con magnanimidad y por los cuales rezaba»...

Fue, sobre todo, un enamorado de Jesús eucaristía y de la Pasión del Señor. Sentía un afecto todo especial hacia la Virgen María. Hemos publicado un precioso libro de él titulado *Ejercicios bíblicos con María para llegar a Jesús*. En él están sintetizados estos amores. Uno de sus apostolados preferidos era predicar de la Virgen María. Jamás rechazaba cuando le invitaban a hacerlo. Su corazón ardía de amor hacia la Virgen. Fue un verdadero cantor de María con su palabra y con sus escritos.

Padre Tito será uno de los catedráticos más prestigiosos de la Universidad Católica de Nimega de la que el 1932 llegará a ser Rector Magnífico.

En 1919 creó la Escuela Comercial de Oss, que hoy lleva su nombre.

En 1925 fundó la Unión de las Escuelas Católicas, de las que fue Presidente hasta la muerte.

El 10 de mayo de 1940 las fuerzas nazis invadieron Holanda. Padre Tito movilizó la prensa y se levantó contra aquellos invasores que con su corrosiva doctrina del Nacional-Socialismo, intentaban acabar con la fe cristiana, con la libertad de enseñanza y con los judíos.

El 31 de diciembre de 1941 envió a todos los periodistas una valiente y maravillosa Carta en la que acentuó aquel famoso «NO PODEMOS» transigir con estos atropellos.

Los nazis seguían de cerca los pasos de ese «frailecito peligroso» y desde La Haya escribieron a sus jefes de Alemania:

«Debe ser arrestado inmediatamente enviado a un campo de concentración».

Alguien que le quería bien, le dijo:

«Escóndete. Sácate un carnet falso y huye de Holanda».

El se apresuró a contestarle:

«Estaría bonito por mi parte. Embarco las tropas (los periodistas) contra las insensatas pretensiones de los nazis, y luego les dejo en la estacada y me escondo tranquilo en casita. ¿Cómo es posible esto?».

El día 19 de enero de 1942 fue su último día libre. Por la mañana había celebrado fervorosamente su Misa en la iglesia de San Bonifacio de Amsterdam. Sería su última Misa. Por la tarde dio, como todos los días, su clase en la Universidad de Nimega y volvió a su convento a las 5'30 de la tarde. Poco después llegaban dos miembros de la SS al convento y le apresaron. Aquí empezó su calvario de seis meses y siete días. recorrió las cárceles de Arhem, Scheveningen y Kleve hasta llegar el día 19 de junio al infierno de Dachau.

Es inconcebible cómo pudo resistir tanto tormento en cuerpo tan débil. El era el consuelo de todo el campo de concentración. Para todos tenía una palabra de aliento, de consuelo. Todos le tenían por santo.

Mucho sufrió en los interrogatorios y en los experimentos bioquímicos que realizaron en su cuerpo como conejillo de indias.

Estuvo dos días en estado de coma hasta que el día 26 de

julio, a las dos menos diez de la tarde, una enfermera, que después se convertiría al catolicismo ante tanta virtud y heroísmo, por mandato superior le ponía la inyección de ácido fénico y diez minutos después expiraba. Era domingo. Unos momentos antes había perdonado a todos el Padre Tito y regalado su rosario hecho por él con unos nudos de cuerda a la enfermera. Y había dicho, casi sin fuerzas:

«Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía».

La noticia corrió como la pólvora por todo el Campo y se oía decir:

«Ese hombre era un santo». «Ese hombre está en el cielo».

El día 29 su cuerpo fue arrojado al horno crematorio.

El Episcopado holandés, la Reina de Holanda, sus compañeros de presidio en todos los campos, fueran católicos o no, sus compañeros y alumnos de Universidad, sus hermanos carmelitas, los papas Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II... en todas partes donde han llegado noticias de esta Vida y este Martirio... de este «frailecito peligroso» se interesaron por él y ensalzaron su Vida y su Obra.

Hermoso es el MENSAJE que el Beato Tito ofrece al mundo de hoy. Un mensaje eclesiológico, ecuménico y didáctico...

El 3 de noviembre de 1985, domingo también al igual que el 26 de julio de 1942, día de su glorioso martirio, el papa Juan Pablo II lo inscribía entre los bienaventurados.

Su fiesta litúrgica ha quedado señalada para el día 27 de julio de cada año.

b) apóstol de la prensa

La vocación al periodismo en el Padre Tito parece que nació a una con él. Siendo muy niño ya le gustaba escribir.

Siendo estudiante profeso fundó una revistilla a la que bautizó con el nombre de un fecundísimo autor carmelita del siglo XV, «Beato Bautista Mantuano».

A pesar de dedicarse de lleno a sus propios estudios, encontraba tiempo para colaborar con abundantes artículos en diversas revistas y periódicos. Hasta fue nombrado redactor jefe de

una de ellas. Así logró que varios de sus artículos aparecieran en prestigiosas revistas y periódicos nacionales.

Quienes leían aquellas colaboraciones difícilmente sospechaban que bajo el seudónimo de «Isebrand» se ocultaba un joven religioso estudiante y un prometedor periodista.

Todos valoraban aquellos escritos y pensaban que estaban ante un futuro periodista. No se equivocaron.

Vuelto a Holanda después de su amplia formación romana convertido en un «pequeño doctorcillo romano», como le llamaban con cariño, simultaneaba sus clases en los Colegios internos de la Orden con el apostolado de la pluma.

La Divina Providencia le dotó de tantas cualidades que era capaz de abarcar tan diversos campos de trabajo a un mismo tiempo. Parecía imposible que él sólo hiciera lo que apenas podían realizar diez personas a la vez.

Gozaba de una bien merecida fama entre los periodistas de toda la nación y todos tenían al Profesor Brandsma como un acabado maestro del periodismo. Sus artículos eran leídos con respeto y admiración.

Casi todas las revistas nacionales de teología, filosofía, sociología y espiritualidad acudían a él solicitando su valiosa colaboración. Nunca sabía negarse a una petición en este sentido y siempre estaba dispuesto a robar unas horas al sueño porque estaba convencido del enorme valor educativo que tenía la pluma.

Es cierto que no llegó a publicar obras de gran molde, pero sus escritos están magníficamente documentados y dan testimonio de su inteligencia universal. La brevedad de lo que producía no probaba en absoluto que no había puesto su corazón y su alma en la investigación en la materia tratada sino que él pensaba que así era más asequible y llega a más lugares a la vez. Como si él, quizá sin conocerlo, hiciera suyo el lema de nuestro paisano Baltasar Gracián: «Lo breve, si bueno, dos veces bueno».

Con ocasión de su Beatificación en 1985 la editorial AMACAR publicó estas obras que brotaron de la pluma y corazón del Beato Tito:

«*Jardín cercado*». «*Ejercicios bíblicos con María para lle-*

- *gar a Jesús». «El Carmelo escuela de santidad». «Vivir con María y como María». «Camino del Cielo».*

Aún hay otras obras suyas que todavía no han sido publicadas en español.

También tradujo al holandés las Obras de santa Teresa. Para conocer mejor su vida vino a España en 1929 pasando unos días en Ávila.

Dentro y fuera de la Orden fundó varias revistas y dirigió otras y colaboró en muchas más.

Por ello a nadie le extrañó que el Episcopado holandés, a petición de todos los periodistas nombrara al Padre Tito el año 1935 *Asistente Eclesiástico de la Unión de Periodistas católicos*. Se entregó de lleno a su cometido y cuidaba de orientarles y ayudarles en cuanto les era necesario.

Los miembros de la *Unión de Periodistas* celebraron este nombramiento con estas palabras:

«Sabemos por propia experiencia cuánto significa la prensa católica para el profesor Brandsma y el grande interés que le merecen todos nuestros problemas. No era fácil que el nombramiento recayera en otro más digno para ocupar este cargo. A través de nuestra prensa le damos la más grata bienvenida y le agradecemos que haya aceptado el cargo a pesar de sus muchas y graves obligaciones. También queremos felicitar a todos nuestros colegas por tal nombramiento que sabrán apreciar en todo su alcance».

El día 12 de mayo de 1935 tomó P. Tito posesión oficial del cargo. Después del breve discurso de presentación del Presidente, señor Vesters, respondió el P. Tito entre otras cosas:

«Nosotros, periodistas católicos, debemos tener presente en primer lugar que nuestra actuación debe ser positiva, constructiva. Ese es el camino querido por Dios para trabajar por la causa católica. en segundo lugar, debemos tener en gran honor la caridad como deseo del Señor. El amor debe resplandecer en el tono pacífico de la prensa católica».

Padre Tito era un hombre de sumo equilibrio. El sabía siempre encontrar la palabra adecuada y la manera de que entre los colegas periodistas reinara una franca amistad. Ellos le conocían por *«el conciliador»*.

Estaba en posesión también del carnet internacional de periodista.

En 1935 realizó un largo viaje a Estados Unidos para dictar un curso de espiritualidad carmelitana que después fue publicado en libro. Al volver a Holanda dijo a sus colegas los periodistas:

«No podemos quejarnos de América. Allí sacan todo el partido posible de la prensa. Si en Holanda la llamada prensa neutral se ocupase tan diligentemente del catolicismo, lo celebraríamos mucho».

Al llegar las leyes nazis contra los judíos, contra los derechos humanos, contra las escuelas y contra la enseñanza de la religión católica, padre Tito se levantó valiente con su pluma contra a aquellos atropellos.

Sus artículos llegaban hasta Alemania y eran estudiados y rigurosamente archivados. Padre Tito había incluso dirigido cursillos contra la corrosiva doctrina que propagaban los alemanes nazis con su Nacional-Socialismo.

Las cosas cada día se ponían peor. Por ello el Episcopado holandés, yendo a la cabeza monseñor De Jong, arzobispo de Utrech y después Primado de Holanda, asesorado por el Padre Tito como asistente de la Unión de la Prensa católica, escribieron la famosa carta que llevaría al P.Tito al calvario. La carta era casi toda original del Padre Tito y por ello jamás se desdijo de cuanto allí había escrito. Fue su famoso «NON POSSUMUS = NO PODEMOS» transigir ante tanta barbarie y atropello.

Había llegado la hora de la verdad. La hora que se cumplían sus palabras proféticas dichas algún tiempo antes a sus colegas los periodistas:

«La prensa, después de los templos es el primer púlpito para enseñar la verdad. Es la fuerza de la palabra contra la violencia de las armas».

Pocos casos nos ofrece la historia como este. Podemos afirmar que aquel niño que empezó emborronando cuartillas con sus cuentecitos infantiles acabó escribiendo el mejor tratado de apologética cristiana con su pluma, untada en sangre en lugar de tinta.

Conclusión

Apenas nos queda nada que añadir ya que a lo largo del tema común y de estos siete MODELOS que han desfilado ante nuestra retina con sus mini-biografías y su ardoroso apostolado de la pluma, hemos procurado decirlo todo.

Solo queremos añadir dos cosas como resumiendo todo lo escrito hasta aquí:

1. Desear que se despierte en nosotros un ardiente amor a la lectura de buenos libros, y, desear también, que aquellas personas que se sientan con alguna posibilidad de escribir y publicar algo interesante y provechoso que no duden de hacerlo ya que se trata del más eficaz y provechoso de los apostolados. Del apostolado que llega a todos los rincones y a todos los corazones.

2. Dar nuestra palabra de aliento y el aplauso más sincero a todos —individuos y asociaciones—, que se dedican a propagar la buena lectura de una o de otra forma, a escala mayor o menor.

Conocemos personas buenas y apostólicas que sin ser sacerdotes ni estar preparados para poder escribir invierten sus dineros en propagar la buena lectura y regalar libros y objetos religiosos a personas que no podrían adquirirlos.

Conocemos también varios Centros de apostolado de la prensa y de objetos religiosos que tanto bien hacen a muchas almas sencillas.

Entre estos Centros hoy quisiera resaltar este que edita el librito que tienes en tus manos y muchos centenares más con la noble misión de llegar hasta los más escondidos lugares de la tierra: el APOSTOLADO MARIANO DE SEVILLA.

Quiera el Señor seguir bendiciendo a cuantos con él colaboran y que nuestra dulce Madre María les cubra con su manto protector.

P. Rafael María López-Melús, carmelita.

ÍNDICE

Pórtico	5
I. APOSTOLADO ACTUAL Y EFICAZ:	
1. Los libros	7
2. Importancia de este apostolado	11
3. El Concilio Vaticano II y la prensa	12
4. Valiosos testimonios de la importancia de la lectura espiritual	14
5. Necesitamos un guía.....	16
II. MODELOS PARA HOY:	
1. Su número es incontable	19
2. San Francisco de Sales:	21
a) síntesis biográfica	21
b) apóstol de la prensa	23
3. San Luis María Grignión de Montfort:	24
a) síntesis biográfica	24
b) apóstol de la prensa	27
4. San Alfonso María de Liguorio:	29
a) síntesis biográfica	29
b) apóstol de la prensa	32
5. San Antonio María Claret:	33
a) síntesis biográfica	33
b) apóstol de la prensa	37
6. San Enrique de Ossó:	41
a) síntesis biográfica	41
b) apóstol de la prensa	46
7. San Maximiliano María Kolbe:	47
a) síntesis biográfica	47
b) apóstol de la prensa	52
8. Beato Tito Brandsma:	54
a) síntesis biográfica	54
b) apóstol de la prensa	59
Conclusión	63